

Ramleh, Egipto, 18 de septiembre de 1913.

Esta mañana, el Maestro, vestido con Su hermosa túnica de color crema suave, entró en nuestra casa. Mirza Ali Akbar le entregó unas cartas de Rusia. Los leyó de inmediato y pidió a Mirza Moneer que trajera papel, tinta y pluma. Dictó respuestas para cada una, y a través de ellas se puede ver la forma en que se adapta a las necesidades individuales y a la capacidad espiritual de cada persona, y cómo, de sus abundantes tesoros, derrama sobre ellos la riqueza del Reino de Abhá. Aunque estos creyentes viven en los imperios remotos de Rusia, Persia, Turquía o Arabia, Él los conoce y ellos Lo conocen a Él. ¡Cuánto ansían y preservan cada Tabla que revela para ellos!

Uno de los creyentes Le preguntó qué debía hacer, qué curso de acción debía tomar. Él le dijo que fuera a enseñar la Causa, que propagara la venida del Reino y anunciara el amanecer del Sol de la Realidad. Transmitir el mensaje es un asunto confirmado. Todo aquel que se levante en este servicio contará siempre con la ayuda de los ángeles del Concurso Supremo. Es cierto que los amigos van a hacer todo lo posible para ayudar a una persona que dedica todo su tiempo al servicio de la Causa, pero que no quepa duda sobre este tema, que en este Movimiento no hay maestros regulares asalariados. Un maestro pagado no será capaz de lograr tanto trabajo como si fuera independiente. En esta Causa, ‘Abdu’l-Bahá desea tener maestros que sacrifican todas sus pertenencias, posesiones, corazones, vidas y espíritus en la obra de Dios. Esto sería muy eficaz. La Causa debe ser promulgada con devoción y sacrificio personal, y no a través de operaciones financieras.

Entonces nos dijo que a pesar de que no se sentía bien, había escrito muchas cartas a los creyentes de Akká con Su propia Mano, porque eran viejos y probados amigos. Mencionó los nombres, uno por uno, una lista larga, te lo aseguro. Hablando sobre la Tabla escrita para Abul Gasem, el jardinero, Él dijo que Abu’l Gasem Le había enviado algunas granadas del jardín, y que Él le escribiría diciéndole que la piel de las granadas eran de un color rosa como las mejillas de Jameleeh (la esposa del jardinero), pero que las primeras lo eran gracias a la creación de Dios, mientras que la segunda gracias al poder de la devoción. Se rió mucho, y finalmente dijo que es necesario bromear de vez en cuando, pues bromear es la sal de la conversación.

